

**D. Benito Antonio**

---

**de la Guareña**

---

JURISCONSULTO SEGOVIANO

MERITÍSIMO

POR EL

**Doctor Manuel de la Vega y Arango**

**Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia**

PRIMERA EDICION

---

---

SEGOVIA. - IMP. DE CARLOS MARTIN



**D. Benito Antonio**

---

**de la Guareña**

---

JURISCONSULTO SEGOVIANO

MERITÍSIMO

POR EL

**Doctor Manuel de la Vega y Arango**

**Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia**

PRIMERA EDICION

---

---

SEGOVIA. — IMP. DE CARLOS MARTIN

D. Benito Antonio

de la Guardia

TRICOCARLO-SECONARIO

TRICOCARLO

---

ES PROPIEDAD  
DEL AUTOR

---

TRICOCARLO-SECONARIO

TRICOCARLO-SECONARIO

PRIMERA EDICION

TRICOCARLO-SECONARIO

## AL LECTOR

En este libro, donde rindo homenaje de admiración a un segoviano meritisimo y grande, describo sus altas cualidades y su experiencia, marco la obra que realizó y expongo su hidalguía y caballeridad acrisoladas.

Este hombre, que siempre fué un *bonus viridicendi peritus*, honró a Segovia y se honró a sí mismo. Humilde hasta no poder más, sabio de veras y competentísimo en las materias que trató. Cuando se honra a los sabios, se siente una gran satisfacción, porque la sabiduría es la más excelsa cualidad del hombre, y cuando ésta, como en el caso presente, va unida a la piedad ver-

dadera, sube de punto este contentamiento.

Segovia, cuna de santos, guerreros y sabios, se solaza con la presentación y alabanza de sus hijos beneméritos, y se asocia al homenaje y apología de los mismos.

¡Loor a Segovia, gloria a sus hombres buenos, amor a sus obras regeneradoras y buenas.

EL AUTOR



PARA llamarse sabio, es necesario poseer un caudal de conocimientos inmensos, hay que tener asimilación de ideas, de cosas y de asuntos. Hay que ser ecuánime en las apreciaciones, justo en la descripción de los hechos, imparcial y veraz. Hay que ser como los buenos historiadores, sincero y sin apasionamientos. Hay, por último, que ser austero, sencillo y claro. Tener estas cualidades sobresalientes, hacen un hombre sapiente en grado sumo.

Historia, Filosofía, Religión, Lógica, Ética, idiomas y hasta poesía, cuando ésta es sentida y espontánea. Abarcar todas estas cosas, no es dado a la humana inteligencia; hay que especializar las materias, si se ha de hacer un profundo y concienzudo estudio de las diferentes ramas del saber. Cuando un hombre tiene dotes especiales y se cree

con fuerzas suficientes para profundizar un asunto, entonces debe de emprender la marcha con paso firme y constancia duradera. Así es como se sirve a la ciencia, así se la honra, así se la engrandece y dignifica. ¡Oh qué gran servicio podrá prestarse a la humanidad haciendo esto!

¡Cuántas soluciones y qué razonables se darían de un tema circunscrito y limitado!

El saber, pide conocimientos hondos de las diversas ciencias, un examen minucioso de ellas y una selección minuciosa y concienzuda.

Tomar el pulso a la materia elegida, estudiarla a fondo, desarrollarla en todas sus manifestaciones y purificarla de toda su impureza. Con el criterio más escrupuloso, ha de tratarse el asunto; con la más refinada pulcritud, ha de tratarse, y con el más austero raciocinio ha de perfeccionarse la cuestión tratada. Con estas premisas, se puede llegar a lógicas conclusiones; con estas ex-



celsas austeridades, se formará con casi seguridad y precisión matemáticas.

D. Benito Antonio de la Guareña, era hombre de grandes conocimientos filosóficos e históricos. Nacido en la muy noble y leal ciudad de Segovia y de padres también segovianos, tenía méritos más que suficientes para escribir un libro enjundioso e interesante, pero su modestía, le impedía constantemente exteriorizar sus conocimientos; tenía tan pequeño concepto de sí mismo, que de continuo exclamaba: No, no puedo yo emprender una empresa científica de honda filosofía, lo que sé, sólo me sirve para irme perfeccionando y andando el tiempo quizá me resuelva a dar a la prensa mis modestos conocimientos. Llegó afortunadamente esa ocasión, y escribió un libro pequeño, pero inmensamente grande por su doctrina y verdad. Penetrado estaba de la materia, desarrolló con grandísimo acierto todas las ideas luminosas de su privilegiado cerebro y

se excedió a sí mismo. D. Benito Antonio, tenía fervores y entusiasmos por la ciencia del Derecho, era como D. Servando aquel pintoresco catedrático que nos describe admirablemente Pérez Lugín, en su celebrada «Casa de la Troya», personaje que existió en Santiago de Compostela y que se llamó don Jacobo Gil. Tenía una monomanía por satirizar las sentencias del Tribunal Supremo, y se reía donosamente de ellas. A sus alumnos, les inculcaba cánones jurídicos serios y concienzudos; no quería que se llenara el cerebro de farrago jurídico; aspiraba a que fueran letrados verdad, y hombres de consciente criterio para que luego fueran abogados completos. Pero perdóneseme la digresión que he creído oportuna. D. Benito Antonio de la Guareña, en su libro, hizo primores, desenmascaró los sofismas, sacó a relucir los secretos de los falsos juristas, y realizó una gran obra que mereció el aplauso de Academias y Corporaciones científicas.

cas. D. Benito, digo, hizo lo que aquel otro D. Benito Gutiérrez, catedrático hace muchos años de Derecho en la Universidad de Madrid; exclamaba hablando de los malos abogados: ¡Herrar, o quitar el banco! O se ejerce la abogacía con dignidad, o se quita uno la toga para no volvérsela a poner. Pues qué, añadía, ¿es una señora cualquiera la Jurisprudencia? ¿No merece honores de reina?

Y, así es la verdad, todas las ciencias tienen sus cánones, todas sus pergaminos. Vengan, pues, los letrados y póstrense a sus pies, ensalcen su magnificencia y glorifíquenla como la glorificó nuestro D. Benito Antonio de la Guareña.

Su libro, repito, mereció el elogio unánime de todos los letrados y catedráticos de Derecho nacionales y extranjeros, se multiplicaron las ediciones, se habló en la Prensa, se habló en los Ateneos y hasta en los púlpitos de las iglesias se hizo apología de D. Benito y su libro, El Derecho Romano era su espe-

cialidad y también lo fué el Civil y Canónico; ¡qué escrupuloso era en las descripciones y con qué profunda sabiduría deslindaba los campos!

Fué amigo íntimo de aquel D. Andrés Manjón, catedrático de Derecho Canónico en la Universidad de Granada, de aquel pedagogo insigne e inimitable por lo original, de aquel canónigo del Sacro Monte, de aquel sacerdote ejemplar y dignísimo, de fama europea, fundador de las Escuelas del Ave María y a cuyo sacerdote austero se trata de beatificar. El que esto escribe, le trató y le vió en sus Escuelas del Ave María enseñar a los muchachos de una manera peregrina y original. Humilde como la tierra, sapiente y con virtudes de anacoreta. ¡Era mucho hombre D. Andrés Manjón! En Granada era queridísimo; todo el mundo se descubría a su paso, todos le veneraban como a persona divina. Pues este hombre, honra de la humanidad, era amigo y confidente íntimo

de nuestro D. Benito Antonio, como arriba digo.

En los temas de Derecho Canónico coincidían en sus apreciaciones y se pasaban horas enteras analizando cuestiones más o menos laboriosas, quedando satisfechos de su obra.

Tenían un corazón de oro purísimo y un alma saturada de delicadeza. Amaban a Dios y al hombre por Dios, poseían un caudal de conocimientos enormes, sentían las mismas ansias de saber y ambos se creían pequeños siendo tan grandes.

Enseñó su libro don Benito a Manjón cuando aún no le tenía impreso y le dijo: dame tu opinión sincera y si te parece que no tiene cosa que merezca la pena, le rompo y cuestión terminada. Le leyó don Andrés y le dijo con su característica franqueza e imparcialidad: Eres un letrado cumbre; ya sabes que yo no adulo, porque la adulación des-

honra tanto al que la dice como al que la recibe. Así, pues, si me tienes por hombre franco, sigue mi opinión, imprime el libro, que yo te aseguro que no bastarán treinta o cuarenta mil ejemplares, porque te les quitarán de las manos. Dicho y hecho. D. Benito hizo una copiosa edición y se quedó sin un ejemplar en seguida. Qué tal, ¿éh? le dijo D. Andrés, a su amigo D. Benito. ¿Tenía yo razón? Del extranjero venían encomiásticos artículos de la obra de D. Benito Antonio, y en España, todas las revistas y periódicos, se disputaban los elogios al libro de D. Benito. El título del libro era: «El Derecho es obra divina», y en algunos párrafos decía: El hombre, es digno de respeto, tiene origen divino, no viene del mono como dicen los darwinistas, tiene un sello de divinidad y por lo tanto merece veneración cuando cumple sus deberes sociales, religiosos y cívicos. Atropellar sus derechos equivale a oprimirle y a ultrajarle. El derecho es un manto protector del

hombre y él no consentirá que sea atropellado nunca.

«Alterum non ladere, Suum quique tribuere, honeste vivere, o sean los tres principios fundamentales del Derecho Romano.

Todos los autores de Jurisprudencia eran para nuestro D. Benito cosa conocida, los comentaba, los pulverizaba, los ponía en el más emcumbrado sitio y sacaba las consecuencias prácticas de ellos.

Ni un comentario inoportuno, ni una palabra que no fuera justa y digna. Todo lo hacía con profundo saber.

Nosotros, que por nuestra carrera no hemos estudiado más que la medicina legal, no podemos menos de admirarnos de todo lo que dice D. Benito Antonio en su libro por todo extremo original, y por eso sentimos por él una predilección grandísima, una veneración.

No hay materia jurídica que no trate, ni firma sobre la misma que no desarrolle con

pericia inmensa. Tanto en lo individual como en lo colectivo, no deja de hacer la aplicación de la jurisprudencia que corresponde a cada caso especial.

D. Andrés Manjón, o mejor dicho, San Andrés Manjón (y perdóneseme el calificativo) se extasiaba leyendo el libro de su íntimo amigo D. Benito Antonio y le repetía: Pero chico, ¿qué santo te ha inspirado esa obra magna? Desde tiempo acá no se ha hecho cosa mejor. ¡Qué cosas tienes, Andrés querido, cómo te ciega el cariño y la amistad! D. Andrés, en su cátedra de Derecho Canónico, siempre sacaba a relucir el libro de D. Benito Antonio y le comentaba y les decía a sus discípulos: ¡Esto es ciencia, esto es Derecho, esto es gloria pura! Sí, señores, gloria, y que en la gloria veamos todos a su autor. Amén.

¡Buena la hizo el tal D. Benito Antonio con la publicación de su obra, buena!



A todos traía soliviantados, a todos les parecía cosa fuera de lo ordinario.

En las Universidades se hablaba de él con encomio, ningún catedrático dejó de recomendarle a sus alumnos, todos le leían con fruición y se empapaban en su doctrina sapientísima y razonadora.

Si D. Jacobo Gil, esto es, D. Servando, hubiera leído el libro de D. Benito, se le manda a los señores del Supremo para que aprendan y dicten luego sentencias llenas de sabiduría profunda.

Señores, decía un doctísimo catedrático de Salamanca a sus alumnos: Como el libro de D. Benito Antonio no se ha escrito ni se escribirá otro, ténganlo entendido. Cada página es un portento de ciencia jurídica. ¡Que aprendan, que aprendan a escribir así los tratadistas en Derecho! Y añadía como D. Servando: Y los señores del Supremo, ¿qué dirán?

El triunfo de D. Benito fué inmenso; ¡no se puede concebir otro mayor!

El Gobierno le dió la Gran Cruz de Alfonso XII y la de Isabel la Católica libre de gastos y costeó una copiosa edición en lujo y papel de hilo que repartió por Bibliotecas, Ateneos y Corporaciones científicas, porque aquello eran brillantes engarzados en oro purísimo y obra de una inteligencia cumbre llena de sabiduría y de conocimientos profundos.

D. Andrés Manjón, no quería tampoco quedarse sin rendir público homenaje a su buen amigo D. Benito Antonio, y, escribió un artículo que sobrepujó a cuanto se había escrito sobre él. ¡Así se escribe, Benito querido, así se protege a la humanidad, así se honra al Derecho, así se honra uno a sí mismo!

Yo, pobre catedrático y pedagogo, no se más que explicar medianamente mi cátedra, pero eso sí, se apreciar el mérito ajeno. No soy envidioso; la envidia, es mala siempre, pero si yo fuera capaz de sentirla, la tendría de tu libro.

Del extranjero, seguían viniendo encomios para nuestro D. Benito. Universidades y Corporaciones científicas, le tributaron entusiastas homenajes y hasta le nombraron hijo adoptivo de sus Universidades. ¡Vaya un triunfo! ¡Inmenso!

A D. Andrés Manjón, que tan entusiasta amigo era de D. Benito Antonio por sus méritos indiscutibles, por su españolismo, por sus virtudes excelsas, el Gobierno de S. M. le dió la Gran Cruz de Alfonso XII y le costearon las insignias por suscripción pública. Cuando recibió el dinero que ya era suyo, por voluntad del pueblo, lo gastó en hacer otra escuela del Ave María en los Cármenes de Granada. Después, un día Alfonso XIII le dijo: — ¿Dónde tiene usted la Gran Cruz, don Andrés? — Se la han comido los chicos; Señor, contestó. ¡Ese era un hombre, y un hombre de verdadero mérito, y un hombre modesto sobre toda modestia. El autor de este libro, pequeño como suyo, fué a visi-

tarle en unión de su idolatrada esposa María Gorría; que quiso dar a D. Andrés Manjón una limosna para sus escuelas del Ave María; le encontramos coleccionando pares de botas para calzar a los menesterosos que acudían a sus escuelas. Nos enterneció. En seguida, llamó a un muchachito, y le empezó a hacer preguntas de todas las asignaturas, que el chico contestó admirablemente. Nos dió una fotografía con un autógrafo suyo, que estaba montado en su burra, en la que iba a la Universidad a explicar su cátedra. Decía jocosamente D. Andrés: —Voy en burra para que no digan: ahí va el burro de D. Andrés. Graciosísimo.

No quería homenajes en vida. Decía: Cuando me muera, que hagan lo que quieran si antes no lo echo a perder. ¡Buen hombre, bueno, fué D. Andrés Manjón!

Volvámonos a nuestro D. Benito Antonio: Más adelante, escribió otro libro tan bueno como el anterior. Se titulaba: «Las pasio-

nes de los hombres». ¡Vaya un libro; ni Descuret en su Medicina de las Pasiones, hizo cosa mejor. Decía D. Benito Antonio que Filemón, uno de los poetas griegos, decía: Que todas las pasiones son buenas cuando el hombre es dueño de ellas, y malas cuando la esclavizan. Tan cierto es esto, que no puede ser más. Séneca, Aristóteles, Demóstenes, Demócrito y toda la legión de filósofos antiguos, se expresaban en idéntico sentido.

Marcial, el de los epigramas picarescos, se ensañaba contra los médicos de su época. Creo que si Hipócrates hubiera vivido, no hubiese escapado sin su epigrama. Un filósofo de la antigüedad, decía: Dum locus est morbis, Médico promittitur orbis; morbo fugiente, Médico recedit a monti; y otro también exclamaba:

Nicocles poeta cómico,  
de que apenas hay recuerdo  
y aunque en tiempo de Aristófanes

fué notable entre los griegos,  
en cierta ocasión decía:  
¡Qué dichosos son los médicos!  
Para que todos los vean,  
alumbra el sol sus aciertos;  
y para que los olviden,  
la tierra oculta sus yerros.

Donosos son los calificativos de tantos escritores como en el mundo han sido acerca de la medicina y los médicos y estos graciosos calificativos eran expresión fiel de la verdad. Ningún autor ha dejado de poner en solfa las cualidades de los galenos. Ninguno tampoco ha dejado de rendir culto a la justicia. No recuerdo quién de los antiguos escritores decía: Constantemente se dirigen sátiras punzantes a los médicos, y éstos decían: A todas horas se habla de los médicos con notoria insensatez. Afortunadamente podemos reirnos de los que se ríen de nosotros; ¡que la humanidad se nos burla, pues la humanidad no puede prescindir de estar colga-

da de día y de noche a los llamadores de nuestras puertas! Y esto es claro como la luz del mediodía. Errores, pasiones, abusos incontables ha habido siempre entre los descendientes del gran Hipócrates, pero hay que confesar con franqueza que los buenos médicos han hecho mucho bien y continuarán haciéndolo, pese a quien pese.

La Medicina es un sacerdocio, una institución, una verdadera providencia social, porque ejerce una profesión delicada, científica y sublime. ¡Gloria a los médicos, gloria a los sacerdotes de Esculapio, honor a esa pléyade de doctores sapientísimos!; como los de «El Rey que rabió». *Disciplina medici exaltabit capud ilius et incompestu magnatorum colaudabitur. Altísimus, creavit de terra medicamenta, et vir prudens, non aborrebits illa.* Estas laudatorias frases dice la Sagrada Escritura en honra de los médicos y la Medicina.

D. Benito Antonio, ensalza a los médicos, los respeta, los venera y los dignifica.

¡Pobre humanidad, qué sería sin los médicos buenos! El médico, nos recoge como el sacerdote al venir a este mundo, y él también nos cierra los ojos al morir después de haber luchado con la muerte. ¡Llor otra vez a los médicos, gloria y exaltación a tan digna clase social! ¡Cuántos secretos guarda el médico cuando penetra en el seno de las familias, cuántas confidencias se le hacen y cómo responde él a estos secretos!

Las críticas son convenientes casi siempre, pero críticas sensatas. Es una verdad aquello que decía un poeta:

Critique el sabio punzante,  
que es útil crítica sabia,  
pero me dá mucha rabia  
que critique el ignorante.

Respecto al secreto profesional, también se han hecho cosas buenas. He aquí un verso que revela con espíritu práctico y enseña una lección de moral médica el doctor Delaunay:



Depositario de secretos graves,  
harto bien hablarás, si callar sabes.  
Una sospecha de una voz nacida,  
conduce hasta la fuente del misterio;  
cerca del sexo, reservado y serio,  
respeto su pudor; y si advertieres,  
que alguna por los campos de Citeres,  
vagó perdida y que ocultarlo anhela,  
déjala ese placer que la consuela,  
déjala persuadida...

que su yerro ocultó: con estos modos,  
merecerás que sin recelo todos  
confíen a tu fe su honor y vida.

Mucho además se ha hablado del tecni-  
cismo médico que los mismos profesionales  
de la medicina rechazan con indignación y  
así otros versos lo expresan:

No vayas Doctor pomposo  
con altisonante estilo  
a henchir de latín y griego tu lenguaje;  
en este siglo, esa ostentación es vana;  
ya, las ciencias están libres

de tan extraña locura;  
pero, si instrucción y juicio  
tiene el enfermo, consulta  
tus ideas con el mismo,  
explícale tu conducta  
tus razones y designios;  
si tranquilizas el alma  
al cuerpo darás alivio.

D. Benito Gutiérrez, del que hablé antes, catedrático hace muchos años de Derecho en la Universidad Central, decía aludiendo al tecnicismo de los médicos! «Es por demás ridícula la conducta de infinitos médicos que vienen a zaherir a los Tribunales de Justicia con su tecnicismo como las carúnsulas, los tubérculos cuadrigéminos, el túbér cine-reum, el asta de Aenón, el pie de hipocampo, las aurículas, el epigastrio, los epiglotis y otras frases no menos bárbaras.

Y a esto contestó el celeberrimo doctor D. Pedro Mata: ¿No tienen también las ciencias y aún las artes su tecnicismo? Si el deli-

cado oído del señor Gutiérrez se ofende al oír las voces isquión, carúnculas, pericardio, femur, etc., le parece que para nosotros será una armonía de Rosini lo que resulta de las siguientes palabras: Abigenato, arras, bienes parofernales, codicilo, velaciones, comodato, cuarta trebalianica, falcicia, evicación, pacto de retrovendendo, peculio, retracto gentilicio, décimas y tercerías de la vía ejecutiva y otras ciento no menos bárbaras y estrambóticas que las mandíbulas, el epigastrio y la epiglotis. ¿Creerán los señores reformadores del Febrero, que ellos también se ridiculizan cuando usan esas palabras técnicas al defender los intereses que les confiamos en los pleitos? Dirán que los jueces y cuantos individuos pertenecen al tribunal las entienden perfectamente. ¿Pero, por qué las entienden? Porque han estudiado la materia. Pues el remedio más a propósito para curar el mal, que se deplora en los documentos médico-legales. Algunos rudimentos de ciencias físi-

cas, en los mismos, y en los jueces, no estarían de más, tanto para comprender el lenguaje de los facultativos, como para apreciar mejor los actos morales de las personas de cuya conducta tiene que juzgar el tribunal. ¡Magnífica contestación la del doctor Mata! No tiene vuelta, es aplastante y discreta.

Y en cuanto al valor que debe de tener el médico, aunque se vea amenazado de muerte, escribe también el doctor Mata una contestación admirable que transcribo. Dice así: «Quien sabe arrostrar con frente impávida los horrores de una epidemia mortífera, quien entra con faz serena y corazón tranquilo en hospitales infectos, quien mientras silban las balas de fusil y de cañón socorre con sangre fría a los heridos en un campo de batalla, bien puede desafiar las vengativas iras de las gentes bárbaras e ignorantes que le atribuyen la culpa de los castigos impuestos a los reos, y la sañuda conducta de las autoridades no menos bárbaras que preten-

den asociarle a sus planes, pasiones y extravíos. Quien no se sienta con valor para arros-  
trar inflexible todos esos riesgos, que ha ju-  
rado despreciar, que deponga sus insignias  
de médico y vaya a esconderse en el polvo  
donde viven abyectos los cobardes y los  
hombres sin honor. ¡Bravo, bravísimo y elo-  
cuente es el párrafo del doctor Mata!

Todo esto es sencillamente sublime, todo  
respira verdad y justicia. ¿Dónde hay seres  
que realicen más virtudes sociales que los  
médicos? El médico es hombre de valor, de  
ciencia, de estudio constante. La medicina,  
ha adquirido en estos tiempos una extensión  
inmensa; para seguir el hilo a la ciencia médi-  
ca, hay que estudiar mucho. Los tribunales  
de Justicia, las Academias, las Corporaciones  
científicas, todo el mundo del saber, reclama  
su auxilio. ¡Qué de volúmenes se han escri-  
to; cuántas monografías; qué serie de escri-  
tos sobre materias médicas!

D. Benito Antonio así lo comprendió, así

lo entendía. En su libro de las pasiones se desarrolla todo un mundo de conceptos científicos. En él trata las pasiones humanas con una pericia admirable. El amor, los celos, el lujo, la pereza, la gula, la envidia, todos los pecados capitales desfilan por sus páginas admirables. Nadie que lea su libro deja de hacerse cargo de la moral que encierra, de su dialéctica, de su mérito indiscutible. D. Andrés Manjón, así lo comprendió y no sabía a cuál de los dos libros de D. Benito Antonio de la Guareña dar más importancia; los dos la tenían inmensa. Puso un prólogo D. Andrés al segundo libro y allí manifestó todo lo que valía.

¡Gran servicio has prestado a la ciencia, mucho has hecho por ella, satisfacción grande debes sentir en la obra que has realizado! Eres hombre de gran saber, tienes dotes admirables, posees conocimientos inmensos en estas materias». Como abogado, como hombre de ciencia, te admiro, y no solo yo,

que bien poco significo en el mundo del saber, sino hombres avezados a las lides científicas, lo manifiestan: tienes resplandores de sabio y corazón de niño. Que Dios te conserve esas extraordinarias dotes para bien de la humanidad presente y futura.

La biblioteca de D. Benito Antonio, era numerosa y selecta: autores latinos, griegos, franceses y de todas las naciones. Pasaba en ella horas enteras sin acordarse de lo que sucedía en el mundo; era cristiano a macha martillo, hombre austero y muy versado en todo lo que significa saber. Sus amigos, le admiraban, y sentían por él veneración profunda. Constantemente, renovaba los libros, que eran sus mejores amigos y se deleitaba en ellos. Tenía una memoria prodigiosa, propia de hombres de talento.

Podía escribir muchas cuartillas sin mirar un libro. Sostenía correspondencia con los hombres cumbres y vivía completamente separado de la política.

Su casa y su misa diaria, en la cual comulgaba; sus paseos por el campo y su puro en la boca siempre, porque era muy fumador; decía que el tabaco le inspiraba como el café; todos los días, tomaba su tacita de moka y çaracolillo hecho en máquina moderna. Tenía una salud a toda prueba; mens sana, in corpore sano; era un roble. Tenía una figura prócer como su talento y fué gran amigo del insigne matemático D. José de Gorría, del general Fuentes, del Dr. Don Tomás Baeza, de D. Juan Antonio González, de Fray Claudio y Fray Antonio Sancho, de Fray Gregorio y del hermano de este D. Mariano Revilla, magistral de la Catedral de Segovia, de D. José Mayo, sepiente rector del Seminario y del sapientísimo Dr. D. Ildefonso Rodríguez y Fernández, catedrático del Doctorado en la Universidad de Madrid, ya difunto también. Las obras de D. Ildefonso Rodríguez, le deleitaban, y asimismo, las de Menéndez Pelayo y Balmes. El eximio



Gabriel y Galán, le encantaba. Solía decir, que es sin disputa uno de los mejores poetas españoles que hemos tenido por su estro poético, por sus asuntos, por su delicadeza, por sus sentimientos cristianos. ¡Un poeta de una vez!

Hemos de decir antes de terminar que don Benito Antonio de la Gnareña tenía excelentes cualidades y además de sabio era modesto y humilde hasta la exageración. Tributémosle un homenaje de amor y de admiración; seamos justos con él, ensalcemos sus méritos y digamos muy alto que honró a España a Segovia su tierra, y se honró a sí mismo de modo especial.

Sus obras quedarán siempre en nuestras mentes y en nuestro corazón, las leeremos con respeto y las conservaremos como depósito sagrado.

LAUS DEO

Se acabó de imprimir este  
libro en la Imprenta de  
Carlos Martín el día  
10 de Agosto del año  
del Señor de 1936





---

Precio: 2 pesetas